

***La violencia de las palabras.
Estrategias de amplificación y de discriminación en el discurso
periodístico.***

Damián Fernández Pedemonte (Universidad Austral, CONICET)

Pocos escritores tienen una relación tan conflictiva con la palabra como los periodistas. Cultivadores de la expresión, profesan, sin embargo, una gran fe en la transparencia del discurso. Profesionales de la novedad, reproducen un día y otro locuciones cristalizadas que a veces se depositan en la cognición social bajo la forma de proposiciones de sentido común.

Entre los textos de los periodistas, las noticias sobre episodios de violencia no sólo transmiten información sobre la violencia, sino que, como toda noticia, constituye también nuevos acontecimientos, esta vez simbólicos, que se suman a los eventos que representan.

Pero con ocasión de las noticias sobre violencia, más que a propósito de otros temas, el lenguaje informativo puede incrementar el clima social de violencia cuando es usado de manera poco reflexiva. En esta oportunidad quisiera llamar la atención sobre dos grupos de estrategias discursivas, al hilo de ejemplos de análisis del diario *La Nación*, que revelan una insuficiente reflexión por parte de los periodistas sobre la relación entre el lenguaje y la violencia.

a. Estrategias discursivas de amplificación de la violencia.

Repetición. Un solo acontecimiento policial aparece representado textualmente en la noticia policial en repetidas ocasiones. Para tomar una modalidad delictiva que en el año 2003 ocupa un lugar central del espacio público quisiera ejemplificar el efecto textual de la repetición con los casos de los secuestros del padre del actor Pablo Echarri y de la hermana del político Mauricio Macri. Al secuestro del padre de Echarri el diario *La Nación* destinó 31 noticias que se publicaron en un arco temporal que fue desde el viernes 7 de octubre de 2002 hasta el miércoles 16 de abril de 2003. Desde el secuestro (el jueves 6 de octubre) hasta la aparición (el jueves 31 de octubre), en cambio, habían transcurrido siete días. La hermana de Macri, por su parte, fue secuestrada el jueves 1 de mayo y apareció cinco días después, el martes 6 de mayo de 2003, y a este acontecimiento *La Nación* le destinó 23 noticias en un lapso que se extendió desde el jueves 1 de mayo hasta el martes 27 de mayo de 2003.

Cada nueva noticia sobre un mismo asunto sintetiza el *marco* constituido por la información precedente, el cual resulta indispensable para comprender la información que se agrega. Es frecuente que en este procesamiento de la información el esfuerzo de síntesis termine transformando el marco en una *situación estereotipada*.

Así, por ejemplo, a propósito de la captura de los secuestradores del padre de Pablo Echarri *La Nación* publicó el 1º de noviembre:

“José Luis Dicugna, un sargento retirado de la Policía Federal, de 51 años, reveló a los investigadores el lugar exacto donde estaba cautivo el padre del actor Pablo Echarri y entregó a su hijo a la policía.

Según informaron fuentes policiales y judiciales, a pesar de que habría colaborado con la investigación, Dicugna quedó detenido por su presunta participación en el secuestro de Antonio Echarri, igual que su hijo Ezequiel, de 22 años, uno de los malvivientes que se encargó de custodiar a Echarri en la casa de Sarcione 792, del barrio Corimayo, en el partido de Almirante Brown.”

Esta contextualización queda así resumida al día siguiente:

“El muchacho es hijo de José Luis Dicugna, de 51 años, un sargento retirado de la Policía Federal, uno de los detenidos, quien resultó ser el que aportó el dato del lugar donde estaba secuestrado Echarri.”

El párrafo anterior sirve para ilustrar, por una parte, cómo un día la noticia vuelve a contar lo que contó el día anterior y, por otra, cómo la versión sintetizada daña la imagen de uno de los actores, quien pasa de ser un sospechoso (“detenido por su presunta participación en el secuestro de Antonio Echarri”) a ser “uno de los detenidos”, y respecto de quien se omite el dato de que entregó a su hijo, al tiempo que se le quita relevancia al hecho de que “reveló a los investigadores el lugar exacto donde estaba cautivo el padre del actor Pablo Echarri”.

Otro tanto sucede con este par de ejemplos de noticias sobre el secuestro de la hermana de Macri:

“Fuentes de la investigación señalaron que la joven estaba sin custodia cuando fue raptada. Además, los detectives indicaron que Florencia salió de la facultad acompañada por unas amigas, con las que se dirigió a una playa de estacionamiento cercana para buscar el automóvil de una de ellas.

Luego, a bordo de ese vehículo fue a buscar el suyo, que había dejado estacionado a dos o tres cuadras de la facultad. Aparentemente allí, momentos después de que sus amigas la dejaran, cuando estaba sola, Florencia habría sido sorprendida por dos o tres malvivientes que a los empujones la metieron en su automóvil Peugeot 206 azul y se la llevaron.”

Esta reconstrucción conjetural de los hechos, referida a partir de las palabras de los detectives, publicada el día 5 de mayo en *La Nación* queda subsumida en una sola frase, cuatro días después:

“El 29 de abril último dos hombres la secuestraron a la salida de la facultad, en el barrio de San Telmo.”

Nuevamente el marco ha perdido información y matices y es esta nueva versión estereotipada la que va a prosperar. “Los signos que constituyen la lengua, dice Roland Barthes, sólo existen en la medida en que son reconocidos, es decir, en la medida en que se repiten. El signo es seguidor, gregario; en cada signo duerme el monstruo, un estereotipo: sólo puede hablar retomando lo que acarrea la lengua”.¹

Conexión entre hechos. A la repetición se agrega el hábito de los periodistas de relacionar lingüísticamente los hechos, que forma parte de una rutina, sobre todo en las noticias policiales, en las que esta práctica de escritura parece acompañar un tipo de pensamiento asociativo, propio de la actividad detectivesca. La conexión de hechos puede activar, junto con la repetición, el efecto textual de expansión de la percepción de la violencia. “El periodista, dueño de una lógica asociativa, busca simetrías, un ejercicio al que lo tiene acostumbrado el hábito de búsqueda de antecedentes en los archivos.”²

Así, a propósito del secuestro del padre de Pablo Echarri, publica *La Nación* el 25 de octubre de 2002:

“Pablo Echarri sufrió el secuestro de su padre, diez días después de que la policía detuvo a una mujer que amenazó con desfigurarle la cara a él y a su mujer, la actriz Nancy Duplaá, si no aceptaba salir con ella.

Además, el actor estaba nervioso y preocupado porque hace dos meses Duplaá y su ex pareja Matías Martín denunciaron un confuso llamado telefónico, en el que presuntamente los alertaba sobre el posible secuestro de su hijo.

En la misma zona donde raptaron a Antonio Echarri, meses atrás fueron secuestrados Fernando Nicolás Menem, hijo del senador nacional (PJ), Eduardo Menem, y el empresario Alfredo Ulfre.

¹ Barthes, Roland, citado por Amossy, Ruth & Herschberg Pierrot, Anne. *Estereotipos y clichés*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 69.

² Fernández Pedemonte, Damián. *La violencia del relato. Discurso periodístico y casos policiales*, Buenos Aires, La Crujía, 2001.

Este año fueron secuestrados varios familiares de personajes famosos, como Cristian Riquelme, hermano del futbolista Juan Román Riquelme, y Jorge Milito, padre de los futbolistas de Racing e Independiente, Diego y Gabriel, respectivamente.”

Por la conexión, el periodista reúne en una misma noticia episodios violentos de distinta naturaleza y ocurridos en distintos momentos. Así sucede también con la comparación que el diario establece el 2 de mayo entre el secuestro de Florencia Macri y el de Mauricio, hijos ambos del empresario Franco Macri.

“El 24 de agosto de 1991 el empresario vivió una situación similar. En medio de un proceso electoral, la denominada ‘banda de los comisarios’, integrada por varios miembros de la Policía Federal, secuestró a Mauricio, el mayor de sus hijos varones.

Ayer, en La Plata, allegados al gobernador bonaerense, Felipe Solá, no descartaron que existiera intencionalidad política en el nuevo secuestro de un integrante de la familia Macri (...).

En 1991, luego de pagar seis millones de dólares de rescate, su hijo apareció sano y salvo. Según consta en el fallo judicial en el que se condenó a nueve de los once acusados, el propio Franco Macri estuvo a cargo de negociar con los secuestradores.

Casi doce años después, la historia se repite. Desde el último martes el empresario es el único que se encarga de hablar con los secuestradores, según relataron a LA NACION varios colaboradores del hombre de negocios (...).

Durante toda la jornada de ayer la familia se refugió en la casa del presidente de Socma, situada en el barrio de Palermo. Hasta allí llegó, entre otros, Fernando Marín, el actual presidente de Blanquiceleste SA, la firma a cargo del gerenciamiento de Racing.

Marín fue uno de los ejecutivos a los que Macri consultaba durante la negociación por el secuestro del actual presidente de Boca (...).

Tal como ocurrió con el secuestro de su hijo Mauricio, en esta oportunidad Franco tampoco radicó la denuncia ante la policía o ante la Justicia.”

El paralelismo vuelve a hacer presente el acontecimiento violento pasado, a la vez que es empleado por el periodista para tejer cábalas sobre el futuro.

b. Estrategias discursivas de discriminación de las personas

Despersonalización. Otro grupo de estrategias guarda relación con la categorización de los protagonistas de las noticias que refieren hechos de violencia. En la representación de los sujetos y de sus acciones, la prensa escrita puede discriminar a algunos actores, como Irene Vasilachis de Gialdino encontró que los diarios argentinos hacen con las personas pobres.

Al decir de la autora los actos discursivos discriminatorios, cuando niegan la igualdad esencial de las personas o la tolerancia de las diferencias existenciales entre ellas son medios a través de los cuales se expresan las nuevas formas de ser de la violencia.³

Por ejemplo, para mencionar un cliché consolidado, para la categorización léxica de los chicos que trabajan y/o viven en la calle el periodismo acude a la metáfora "chicos de la calle" sin advertir que "la preposición 'de' indica pertenencia, a diferencia de la preposición 'en' que, de utilizarse, señalaría simplemente el lugar en el que desarrollan su actividad o en el que se encuentran. Ese 'de', que también indica origen, procedencia, ascendencia oscurece y, a la vez, reemplaza el vínculo afectivo, biológico, cultural, social con la familia de origen y liga a estos niños con un ámbito al que no alcanzan las reglas sociales y familiares, que tiene 'leyes' propias, y que está, por lo demás, comúnmente asociado al lugar de lo que se abandona, se desecha."⁴

En un estudio sobre la cobertura que hicieran los diarios de los incidentes del 19 y 20 de diciembre de 2001 constaté estrategias de despersonalización de los protagonistas de algunos de los acontecimientos sucedidos esos días.

Una característica apreciable en *La Nación* en ese contexto es la frecuencia con que agentes abstractos -las acciones mismas- se erigen en sujeto de acciones tan materiales como la muerte:

"Los saqueos, los piquetes y los desbordes sociales / provocaron seis muertos" (20 de diciembre)

"Los saqueos / se cobraron la primera víctima"

"Los disturbios / que causaron 27 muertos" (21 de diciembre)

Una consecuencia de esta acción autónoma, como una fuerza natural, es el miedo:

"Los saqueos / provocaron temor generalizado" (20 de diciembre)

"El caos social / hizo expandir el miedo" (20 de diciembre)

³ Cfr. Vasilachis de Gialdino, Irene. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 167.

⁴ Idem, p. 173.

La naturalización de la acción social es, según Vasilachis, un recurso lingüístico por el cual se evita nombrar al que realiza la acción, a la que se le asigna el carácter de un proceso inevitable.⁵

Estas dos isotopías semánticas, la que se relaciona con la muerte y la que se vincula con el miedo, además de una axiológica de advertencia del peligro del retorno del pasado, son recuperadas por el editorial de 21 de diciembre:

“Un perverso y arrollador proceso de violencia / ensangrentó las calles de la República y nos retrotrajo a épocas sombrías que se creían superadas”
“Una execrable y creciente oleada de violencia y de vandalismo / intenta llevar al país a los abismos del miedo”

La elisión del sujeto de una acción negativa se pone en evidencia en la estructura pasiva, construcción muy usada que se puede ejemplificar con el siguiente enunciado de *La Nación*:

“Comercios y locales fueron destruidos / por la violencia desatada”

Este modo de despersonalizar la acción, recurrente en los editoriales, es una manera de eludir la dificultad de designar a su sujeto, pero puede connotar también el carácter masificado y reactivo del agente que termina derrocando al presidente, como se ve en las proposiciones que van desde “El malestar social / golpeó al Presidente” (20 de diciembre), hasta “El estallido social / provocó la renuncia de Fernando De la Rúa” (23 de diciembre). Por otra parte, la despersonalización de los “saqueos” es coherente con los nombres que predominantemente se eligen para designar masificadamente a sus protagonistas: “gente” o “la gente”, “un grupo” o bien diversas formas léxicas para designar a “activistas”.

Es muy distinta la caracterización que produce *La Nación* de los actores de los “cacerolazos” ocurridos con posterioridad al discurso del presidente en la noche del 19 de diciembre. Aunque se repita el colectivo “gente”, las nuevas denominaciones ponen en evidencia que el diario quiere separar taxativamente a estos nuevos actores de los protagonistas de los saqueos. Así, aparecen términos que le asignan a los sujetos otra dignidad y los incluyen dentro de “nuestro” ámbito. A la unidad léxica “personas”, antes sorteada, se unen “vecinos” o “ciudadanos”:

⁵ Vasilachis de Gialdino, Irene. *Discurso político y prensa escrita. La construcción de representaciones sociales*. Gedisa, Barcelona, 1997, p. 230.

“Miles de personas / desoyeron (el estado de sitio) y salieron a las calles”
/ “marchaban”
“Miles de vecinos de la ciudad / comenzaron anoche una estruendosa
manifestación”
“Columnas de personas/ avanzaban pacíficamente”
“Gente de todas las edades, de diversas condiciones sociales”
“Ciudadanos / inundaron las calles con su canto de insatisfacción”

Este nuevo actor, tan difícil de localizar en el precedente modelo sobre el actor de los saqueos, se define por contraste con aquél. Así, por ejemplo, se insiste en la espontaneidad de esta protesta, que en las acciones previas es puesta en cuestión:

“Ni agitadores, ni agitados: espontáneos”
“Más de 3500 personas / se congregaron espontáneamente”
“No hay sindicatos o grupos políticos”

Cuando se asigna sentido a las acciones de los actores del “cacerolazo” salta a la vista, por contraste, la ausencia de significatividad en la caracterización de las acciones de los sujetos de los saqueos:

“La gente en la calle / reivindica su derecho a una vida con sentido” (21 de diciembre, en el editorial)
“La gente salió / a recordar a las dirigencias locales que el segmento les importó siempre más que el conjunto” (21 de diciembre, en el editorial)
“La gente / harta de que se les hable con cifras cuando lo que quieren oír son valores morales” (21 de diciembre, en el editorial).

Ambigüedad. El diario *La Nación* acude también a categorizaciones léxicas ambiguas. Entre la gente y los activistas hay un sujeto ambiguo a quien *La Nación* le atribuye acciones negativas, sin necesidad de designarlo ni por su estado (“desocupado”) ni por la comisión de un delito (“saquedores”): “el manifestante”. Esta designación, la de mayor ocurrencia después de “gente”, que sirve tanto para identificar al sujeto de las acciones de los saqueos como al de las protestas en Buenos Aires, exime al periodista de la búsqueda de un nombre propio, y *ex post facto* carga de connotaciones negativas a la manifestación.

Se predica de los manifestantes que:

“protestaron contra la Alianza y los gobiernos municipales”
“se enfrentaron con la policía”
“lograron llegar hasta las góndolas”
“reclaman bolsas de alimentos”
“arrojaron proyectiles a los efectivos”

“se movilizaron nuevamente (al agotarse la mercadería)”
“destruyeron vidrieras”
“se repliegan (...), improvisan un piquete, queman un kiosco”
“lograron voltear el vallado de protección”
“produjeron desmanes”
“atacaron a la policía”
“contratacaron a pedradas”
“arrancaron un farol con el que armaron una barricada”

Ambiguo también es el sustantivo que, con frecuencia, sirve para designar la relación en la que entran en juego los actores de las protestas y la policía: “enfrentamiento”. Estos enfrentamientos pueden darse “entre desocupados y policías” o “entre indigentes y policías”, pero también puede producirse un “enfrentamiento entre centenares de pobres”. Salvo en algún caso excepcional, en el que el diario delimita el campo semántico del término (“enfrentamiento de los vecinos con piedras y los policías con balas de goma”), en general se hace un uso mitigador de las acciones negativas de la policía, debido a la ambigüedad del término, empleado en un contexto que no esclarece si por “enfrentamiento” se entiende un ataque cruzado, (y si fuera el caso, se omite situar en dónde tuvo inicio), o es más bien un eufemismo para hablar de una represión armada de una protesta desarmada.

“Policías y manifestantes se enfrentan”
“50 personas se enfrentaron con la policía”
“Enfrentamientos entre manifestantes y efectivos de la policía provincial”
“A pesar de la presencia de niños y mujeres (...) se produjeron enfrentamientos”
“Manifestantes y policías se enfrentaban violentamente en las inmediaciones del Congreso”

Inversión veridictiva. En las noticias policiales, como por ejemplo las referidas a los secuestros de Antonio Echarri y Florencia Macri, el diario incurre con frecuencia en lo que Leonor Arfuch denomina “inversión veridictiva”, es decir el hecho de que, a veces, los medios, en lugar de ir de la presunción de culpabilidad a una confirmación basada en alguna prueba, parten de una inculpación que en los días sucesivos va a desmentirse, típicamente en noticias donde los sospechosos de los actos delictivos son niños y con el paso del tiempo los inculpados terminan siendo adultos.⁶

Así, *La Nación* el 1 de abril de 2003 no duda en identificar a un sospechoso sobre quién recae una denuncia, aún cuando reconoce tener dudas sobre los fundamentos de esta.

⁶ Arfuch, Leonor. *Crímenes y pecados: de los jóvenes en la crónica policial*, Buenos Aires, UNICEF, 2001,

“Los ecos del secuestro del padre del actor Pablo Echarri resonaron ayer al otro lado del Río de la Plata: el gobierno uruguayo informó que mantiene detenido, herido de bala en un hospital de Montevideo, a un traficante de drogas presuntamente buscado por la justicia argentina como integrante de la banda de captores.

El propio ministro del Interior de Uruguay, Guillermo Stirling, confirmó telefónicamente la noticia a LA NACION. Sin embargo, sus explicaciones abrieron lugar a la posibilidad de que todo sea, en realidad, un error: ocurre que la orden de captura internacional sobre la cual basó sus afirmaciones fue dictada por un juez federal que jamás tuvo a su cargo la investigación del secuestro de Antonio Echarri, ocurrido entre el 24 y el 31 de octubre último.

Stirling identificó al sospechoso como Rodney Araújo, uruguayo, de 30 años, demorado en un hospital de la capital del vecino país, donde fue llevado por una ambulancia luego de ser baleado por una banda de narcotraficantes, mientras cerraba una operación de compra de tóxicos en Miguelete entre Fernández Crespo y Arenal Grande, cerca del puerto de Montevideo.”

Y al día siguiente el diario se ve obligado a publicar:

“El prófugo de la justicia argentina detenido en Uruguay no era buscado por su presunta participación en el secuestro de Antonio Echarri, tal como había informado el gobierno uruguayo, sino por la posible vinculación con los secuestros de Cristian Da Dalt y Juan Pablo Anseschi.”

Para el caso de la hermana de Macri la “inversión veridictiva” se puede ilustrar con esta noticia en la que se aprecia cómo en el decurso mismo del texto una sospecha de los investigadores se transforma en un dato de la realidad por el uso impreciso de los tiempos verbales.

“Los investigadores del secuestro de Florencia Macri, que fue liberada tras el pago de 750.000 dólares de rescate, sospechan que el cerebro de la banda fue la misma persona que se encargó de realizar las llamadas extorsivas a la familia, ya que evidenció en su vocabulario un nivel cultural elevado y gran preparación para estos casos.

‘La persona que hizo las llamadas extorsivas a la familia Macri es un hombre con gran preparación para hablar, con un alto nivel cultural, y creemos que es el mismo hombre que se encargó de organizar e idear el secuestro más resonante de los últimos tiempos’ agregó a la agencia Télam una alta fuente del caso.

A los investigadores les llamó la atención que la persona que ideó el secuestro sea la misma que hizo las llamadas extorsivas.”

Ideologemas. Como he señalado en otra sede, con ocasión de las noticias sobre acontecimientos violentos conmocionantes los medios vehiculizan ideologemas que envían a la defensa de la justicia por mano propia o de la venganza, a la necesidad de endurecer las penas contra los delincuentes, incluyendo la pena de muerte, y a la reproducción de prejuicios raciales. Los medios crean prejuicios por acción comunicativa cuando sedimentan en el sentido común modelos discriminatorios contra los pobres, los inmigrantes, protagonistas mayoritarios de las noticias policiales, y también por omisión cuando, por la vía de la espectacularización obturan la reflexión sobre cuestiones trascendentes como el dolor, la muerte, la otredad o sobre problemas políticos estructurales como el sistema carcelario, el modelo socio-económico o los valores dominantes.

Ideologema es la máxima subyacente al desarrollo de un enunciado que toma cuerpo en formas cristalizadas, por ejemplo el sintagma “lucha por la vida” que a fines del siglo XIX emigra desde el discurso científico darwinista al discurso periodístico, y la constelación de sintagmas intercambiables con ese.⁷

En la cita de Antonio Echarri que introduce el texto de *La Nación* del 1 de noviembre de 2002 se puede ver, por contraste, el supuesto del sentido común que indica que es razonable pedir la pena de muerte para los secuestradores:

“Echarri aseguró que fue bien tratado por sus captores y que le suministraron los medicamentos necesarios. ‘No pido pena de muerte, pido que vayan presos y que cumplan el tiempo que debe’, remató.”

Un supuesto axiológico análogo se trasluce en un titular, aparecido contemporáneamente, que designa un acto de habla de Eduardo Duhalde: “El Presidente pidió penas más duras para los secuestradores”. Estos modelos distribuidos por los medios pueden incorporarse en la opinión pública en la forma de lo que el citado Barthes llama “la violencia del prejuicio”.

c. Conclusión: hacia un estilo ético

Los periodistas “deben aceptar que su discurso no está hecho de transparencia sino de opacidad, y por eso mismo buscar lo que constituye su especificidad en la manera de comentar el mundo como relato del destino humano. Aquí la deontología sería negarse a hacer pasar por realidad del mundo social lo que no es más que una de sus representaciones imaginadas. Evidentemente, lo ‘imaginado’ tiene un fuerte contenido referencial y tal vez esto

⁷ Amossy, Ruth & Herschberg Pierrot, Anne. *Estereotipos y clichés*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 69.

sea lo propio del discurso de información mediática: construir un relato del mundo que parta de ese mundo y envíe una imagen refractada de él”⁸.

Si el relato y la realidad relatada nunca llegarán a coincidir, la verdad periodística se juega en la elaboración de una trama que se ajuste a la mayor cantidad de pruebas documentales pertinentes, y a lo que resulta más conveniente desde el punto de vista social. Esto último podría enriquecerse exponencialmente si los que nos dedicamos al análisis aplicado del discurso de los medios pudiéramos elaborar un manual de estilo tan preocupado por las implicancias éticas de las opciones estilísticas como por la normativa de la lengua. Para eso debiéramos discutir con los periodistas el uso de tópicos como “chicos de la calle”, “manifestante” o “enfrentamientos”, rutinas de producción discursiva como el resumen estereotipado del marco, la conexión lingüística entre hechos, las construcciones que conllevan despersonalización o inculpación de sospechosos, o que consolidan ideologemas.

Una contribución de este tipo, especialmente relevante en estos momentos, sería otro paso hacia la versión ética del estilo, hacia una normativa deontológica que corrija los desvíos del lenguaje contra la vida. “¿Qué significa estar en contra de la muerte?”, se pregunta un memorable personaje de Antonio Tabucchi y se responde que “cada hombre es absolutamente indispensable para los demás y todos los demás son absolutamente indispensables para cada uno.”⁹ Y a ese reconocimiento deberían ir dirigidas las energías lingüísticas del periodismo.

⁸ Chareaudeau, Patrik. *El discurso de la información. La construcción del espejo social*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 301.

⁹ Tabucchi, Antonio. *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*, Barcelona, Anagrama, 1997.